

SCHLIEMANN Y LA GRANJA

Carmen Serrano de Haro Martínez

No tendría ningún sentido dedicarle unas líneas en nuestra revista a Heinrich Schliemann si no fuera porque en la primavera de 2014 descubrí con gran emoción al leer sus diarios manuscritos, conservados en la Biblioteca Gennadius de Atenas, que este personaje singular, criticado con dureza en ciertos sectores profesionales de la arqueología aunque envidiado por todos, visitó el 10 y 11 de septiembre de 1859 La Granja de San Ildefonso.

Nacido en 1822 en Neubukow, Mecklemburgo, al norte de Alemania, el joven Schliemann tuvo que renunciar muy pronto al doble sueño de compartir con una novia infantil el descubrimiento de la Troya mítica y de probar con ello al mundo que los asuntos narrados en la Iliada y en la Odisea no eran imágenes inventadas de una épica poética, sino hechos reales.

Esta mezcla de pasión amorosa e intelectual, gestada en la niñez, se convirtió en el impulso de todos sus días con tal fuerza y determinación que, en pocos años, superó la extrema pobreza en la que parecía que se iba a desarrollar su vida y le situó, dueño de una copiosa fortuna, en los anales de la historia con el honor de haber recuperado dos grandes joyas del patrimonio universal, el Tesoro de Príamo y el Tesoro de Atreo.

La ruina repentina de la economía familiar había truncado sus deseos; obligado a abandonar los brillantes estudios con sólo catorce años, se encontró sumergido entre velas, arenques y aceite tras el mostrador de un despacho de ultramarinos y apartado con humillación del entorno de la enamorada compañera.

Tras un accidente con los toneles de la tienda, se embarcó rumbo a Venezuela. Pero el naufragio incidental del barco le llevó a Ámsterdam donde comenzó de contable comercial en una empresa. A pesar de la miseria en la que subsistía, se impuso el deber férreo de aprender lenguas extranjeras con un método propio que le permitió en muy poco tiempo hablar y escribir idiomas con corrección. Consistía la técnica en leer por la noche un texto de la lengua elegida, sin entender apenas nada, y recitarlo de memoria en alta voz durante toda la jornada mientras anotaba las cuentas o atendía a los clientes¹; corregía su fonética y acento en cualquier ocasión de contacto con nativos y asistía varias veces los domingos a oficios religiosos para repetirse en silencio sermones y oraciones que no comprendía. Tardó seis meses en sumergirse en el inglés y otro tanto después en el francés. El método ganó rapidez y eficacia con las lenguas sucesivas y a los veintidós años dominaba el alemán, el holandés, el inglés, el francés, el español, el italiano y el portugués.

La empresa en la que Schliemann trabajaba le envió a San Petersburgo de intermediario en el comercio del añil. Aprendió ruso, sueco y polaco y su intuición mercantil le permitió independizarse como negociante. Fue entonces cuando se encontró suficientemente digno para recuperar a la antigua novia que había quedado en Alemania, pero los acontecimientos se le adelantaron unos meses y cuando iba a enviar la carta enamorada de petición de esponsales conoció por unos familiares la terrible noticia de que ella acaba de casarse.

Volcado con furia y con tristeza en sus actividades, la suerte le trajo nuevos éxitos financieros con la concesión inesperada, a causa de un hermano fallecido en California, de una entidad bancaria y con el auge de la compraventa de productos estratégicos, desde el plomo y el azufre hasta el polvo de oro. En 1852 contrajo matrimonio con una aristócrata rusa, una relación plagada de conflictos hasta que se divorciaron en 1869.

A partir de 1858, el considerable provecho obtenido en sus múltiples negocios le permitió consagrarse al estudio del griego moderno y del griego clásico, viajar por todo el mundo y obtener de la Universidad de la Sorbona el diploma en Ciencias de la Antigüedad y Lenguas Orientales. No tenía otro objetivo que prepararse con tesón a conseguir la parte del antiguo sueño infantil que podía todavía llegar a cumplir.

En su diario nº4, escrito todo en español excepto unas líneas finales en árabe, describe el viaje que inicia en Burdeos en agosto de 1859 rumbo a España. Tras San Sebastián, pasa unos días en Madrid, visita Toledo y en la noche del 9 de septiembre sale hacia La Granja a la que dedica unos párrafos en las páginas 40, 41 y 42 según la numeración manuscrita del propio Schliemann. Transcribo estas notas, escritas a pluma, con caligrafía nerviosa, llenas de borrones de tinta:

“San Ildefonso, 10 Setiembre (sic)

Salimos ayer a las 11 por la noche de Madrid y llegamos aquí hoy por la mañana a las 7. Teníamos buenos asientos de berlina por los cuales sin embargo debíamos pagar 8 reales cada uno. En vez de encontrar aquí-como esperaba- a un sitio real encontré a una miseria. La casa real asemeja antes a una casa ordinaria de dueño de aldea que a un palacio real de verano. En el suelo-cuarto bajo al menos-todo está sucia (sic) y parece en decadencia. Se dice que los cuartos superiores están arreglados con elegancia pero no alcancé verlos. No pudimos conseguir el permiso de ver los jardines estando ellos hoy cerrados por motivo del almuerzo que da la Reina para el que están convidados más de 300 personas. Fuimos pues por un ómnibus a razón de ½ real a Segobia que es una de las más antiguas ciudades de España.”

En la página siguiente, tras describir su paseo por Segovia, se sobreentiende que vuelve a pernoctar a La Granja: *“Volvíamos a la una por el mismo ómnibus en el que teníamos asientos de fuera expuestos a todo el poder del sol ardiente. Y nuestra vuelta aquí presentóse nueva dificultad porque no supimos-sabíamos (sic) como salir, porque no hay ni ómnibus ni diligencia que vaya a El Escorial y para un coche por allí y 7 leguas me pidieron 30 reales lo que me obstiné no pagar. Me concerté pues con una mujer para que por 4 reales me diese un buen caballo de silla y que su marido me acompañase a pié llevando mi saco de noche. O que por 6 reales me diese dos caballos si su marido consintiese ir conmigo. Imposible describir como me disgustó este viaje. Estamos aquí como vendidos y debemos permitir a cada uno robarnos cuanto le gusta. Volviendo hoy de Segobia en el ómnibus teníamos atrás de nosotros algunos oficiales.”*

El 11 de septiembre, antes de dirigirse a El Escorial, Schliemann recorre los jardines del palacio de La Granja. La letra ha prácticamente desaparecido de esta página 42 del diario, escrita con un plumín de punto más fino que todo el resto del diario.

Gracias a una lupa y a la ayuda de un gran amante de los jardines, he podido reconstruir con mucha paciencia la mayor parte: *“Ayer me acosté a las 6 de la noche porque estaba muy cansado y solamente me desperté esta mañana a las 6. Fuimos a las 7 ¼ a los jardines reales que son magníficos y en mucho exceden a los célebres jardines de Versalles. Alrededor de los jardines de flores, los cedros (sic) estaban cortados en forma cuadrangular (sic) o redonda con un globo arriba. En medio de las flores estaba sentada sobre un peñasco la diosa de la independencia circundada de muchos alegres diosas y dioses que tenían ramas en las manos y en cuyas bocas había cañadas o fuentes por las cuales el agua corría. Había una cantidad inmensa de semejantes surtidores en todas partes en jardines con flores y en medio de las encrucijadas de las veredas y nada ha de ser más hermoso que este paseo entre tantas*

maravillas cuando todos los surtidores corren. Habiéndome alejado de mi compañero me aparté de mi camino y no sin pena alcancé el gran estanque donde había ayer el gran almuerzo que dio la reina. Todavía había allí tinajas y floreros o vasos con guirnaldas y macetas. Los jardineros que había allí me explicaron que había más de 600 convidados y así un número demasiado grande para sentarse a las mesas todos. Pero con excepción de la señora nadie se sentó y todos almorzaron en pié. El vino de Champaña colaba (sic) como agua. Por estar rodeado de frondosas montañas y lleno de encinas y fresnos, este sitio es el más fresco de todos los sitios reales y por eso es el justamente más preferido por la Corte”.

Este Schliemann maravillado con los jardines del palacio de La Granja no era entonces más que un boyante hombre de negocios que iba anotando en sus cuadernos órdenes mercantiles a sus agentes dispersos por todo el mundo.

Su primera campaña arqueológica la realizó de 1871 a 1873 en la colina de Hissarlik en Turquía. Le acompañaba su segunda esposa, una joven griega, de la que se cuenta en Atenas que fue elegida entre las candidatas que respondieron a su curioso anuncio de periódico en busca de consorte culta, merecedora de portar sobre su frente la corona de Helena de Troya cuando él la descubriera.²

La obsesión por alcanzar cuanto antes los estratos más antiguos en los que pudiera situarse la ciudad mítica le llevó a despedazar y descartar sin criterio vestigios helenísticos y romanos en la colina, procedimiento poco científico que le acarreó una crítica feroz de otros arqueólogos. Encontró un importante conjunto de vasijas primitivas torpemente adornadas con esvásticas, muy distintas a las de exquisita decoración roja y negra de la cerámica griega clásica, y pequeñas piezas marcadas con signos de una escritura asiática anterior a cualquier alfabeto griego conocido.

No era eso lo que él buscaba y, sin pruebas suficientes de las huellas de su mito, procedió a excavar la otra ladera hasta que aparecieron muros y rampas de piedra sobre lechos de cenizas, testigos ancestrales de que una fortaleza había sido destruida por un vasto incendio. ¡Ante un Schliemann satisfecho y emocionado se extendían las ruinas de Troya! Siguió a toda prisa extrayendo tierra y dio con una espléndida colección de diademas, agujas y brazaletes entre otros objetos de oro y plata. Sus manos tocaban, después de años de deseo, esfuerzo y privaciones, lo que Homero había cantado.

Los avatares de este tesoro, conocido como el Tesoro de Príamo, tienen historia propia. Schliemann lo envió primero a su residencia en Atenas, pero, acusado de robo, se vio obligado a devolver parte de las piezas a Constantinopla. Decidió entonces donar las que le quedaban a Alemania. Se expusieron en el Museo de Artes y Oficios de Berlín y posteriormente en el de Etnología. Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, el Tesoro de Príamo fue escondido en unos túneles del metro que quedaron tras el armisticio en la zona soviética. Recuperado como botín de guerra en 1945, apareció en 1993 en el Museo Puskin de Moscú donde se encuentra en la actualidad. Alemania, Grecia y Turquía, cada una por su parte, reclaman a Rusia su devolución.

Volvió a Troya durante tres campañas más y en una de ellas recibió la visita del Emperador Pedro del Brasil.

Su segundo éxito arqueológico lo alcanzaría excavando en el Peloponeso en la campaña de Micenas entre 1874 y 1878. Descubrió allí cinco tumbas con un importante ajuar funerario de oro y plata, el llamado Tesoro de Atreo que se exhibe hoy en el Museo Arqueológico de Atenas. Se trata de piezas extraordinariamente bellas y singulares, entre otras la conocida como

máscara de Agamenón, atribuida al legendario rey. Un Schliemann triunfante escribe en francés la siguiente carta al rey Jorge I, bisabuelo de nuestra reina Sofía:

“A Su Majestad el Rey Jorge de los Helenos, Atenas,

Con una extrema alegría anuncio a Vuestra Majestad que he descubierto las tumbas que la tradición, de la que se hace eco Pausanias, atribuye a Agamenón, Casandra, Eurymedon y sus camaradas, todos asesinados en un banquete por Clytemnestra y su amante Egisto. Estaban encerradas en un doble círculo de muros como corresponde al honor de tales personajes.

He encontrado en los sepulcros tesoros inmensos constituidos por objetos arcaicos en oro puro. Estos tesoros son suficientes para llenar un gran museo que será el más maravilloso del mundo y que durante los siglos venideros atraerá a Grecia a millones de extranjeros de todos los países. Como yo trabajo por puro amor a la ciencia, no tengo absolutamente ninguna pretensión sobre estos tesoros que dono intactos con gran entusiasmo a Grecia.

Que Dios permita que estos tesoros se conviertan en la piedra angular de una inmensa fortuna nacional. Micenas, 16-28 noviembre de 1876.”

Si cerramos esta breve reseña sobre Schliemann volviendo a su despectivo comentario del palacio de La Granja, influido sin duda por el insomnio de una noche de viaje en la berlina y por el disgusto de no haber podido visitar los jardines y sus mitológicas fuentes, hay que reconocer que, al comparar el palacio con una *“casa ordinaria de dueño de aldea”*, Schliemann dio sin saberlo en la clave del propósito que perseguía Felipe V cuando encargó a Ardemans la construcción del edificio. Delfín Rodríguez Ruiz ³ lo explica de forma magistral: *“La casa primitiva, la levantada por Ardemans entre 1720 y 1724, sencilla, sólida y menuda, nada cortesana o cosmopolita, casi funcional y recogida, tradicional en los hábitos hispánicos, creció después como si de un palacio se tratara, pero siguió siendo casa, tan marcada estaba en su arquitectura la primera intención”*; la inicial casa de retiro, *“casa desierta y de soledad poblada”*, *“solitario sitio eremítico”*⁴, recogía a un monarca que abandonaba el mundo para *“su quietud y poder más libremente dedicarse a Dios”*.⁵

Me pregunto si el juicio de Schliemann sobre la torpe residencia real que la dinastía de Baviera se había construido a duras penas en Atenas sería tan desdeñoso como el que hizo del palacio de La Granja. Sospecho que, muy al contrario, sintiéndose reconocido y aclamado en la Corte, con los salones de invierno y de verano de su lujosa mansión⁶ convertidos en el lugar más culto de la ciudad, Schliemann fue capaz de encontrar en el desabrido palacio del rey Otto, sede actual del Parlamento griego en la plaza Syntagma, el mérito artístico que no supo ver en el palacio de Felipe V.

¹ Schliemann eligió *“Paul et Virginie”*, novela francesa del s XVIII, para aprender francés de memoria. Y utilizó la misma novela traducida en otras lenguas para el resto de los idiomas que consiguió hablar y escribir. La novela trata del amor inocente y con un trágico final entre dos amigos de la infancia; probablemente veía reflejada en ella su propia biografía.

² Heinrich Schliemann y Sophia Engastromenos tuvieron dos hijos a los que llamaron Andrómaca y Agamenón.

³ Delfín Rodríguez Ruiz: *“El palacio y los jardines del Real Sitio de La Granja de San Ildefonso”*, Cuadernos de Restauración de Iberdrola IX, Patrimonio Nacional, 2004, pag. 22.

⁴ Cita de Díaz de Torres en su obra *“Estado, y Forma que al presente tiene el Real Nuevo Sitio y Palacio Titular de San Ildefonso, de Nuestros Cathólicos Reyes, y Señores D. Phelipe Quinto, y Doña Isabel Farnesio”*, publicada en 1723 y que recoge Delfín Rodríguez Ruiz, opp. citada, pag. 34.

⁵ Cita del marqués de Grimaldo, en 1724, y que recoge Delfín Rodríguez Ruiz, opp. citada, pag. 27.

⁶ La mansión alberga hoy al Museo Numismático de Atenas.